

la República, el congreso mexicano dió un manifiesto aceptando la guerra con Francia y afirmó que los mexicanos estaban resueltos á llevarla á cabo; concedió facultades extraordinarias al Ejecutivo por seis meses ó hasta después de que la Asamblea se reuniera nuevamente, y ante ella había de dar cuenta del uso que del poder hubiese hecho, quince días después de haber cesado la autorización que era amplísima. El congreso excitó al Ejecutivo para que procediera contra los que habían provocado la Intervención, y aprobó la rehabilitación del grado de general de división devuelto á Comonfort, no obstante que muchos querían que ese general fuese declarado culpable, petición ahogada por la voz de la mayoría en el congreso. Insistió en sus resoluciones de excitar al Ejecutivo á que hiciera uso de las facultades omnímodas, contra los que habían traído la Intervención, y si resultaba que Hidalgo, Gutiérrez de Estrada y Almonte habían obrado por encargo de los gobiernos reaccionarios, debía proceder con energía contra los que formaron parte de esos gobiernos. No estando conforme con la política seguida el ministro de Justicia Sr. Terán, sufrió una derrota parlamentaria y aun el Presidente le quitó toda intervención en el asunto.

Las fuerzas que habían ocupado á Tampico, de donde se retiró la guarnición por falta de elementos suficientes para defender la plaza, salió á hacer excursiones por las cercanías del puerto. Las tropas republicanas al mando del general Garza, presentaron acción y por dos veces rechazaron á los contrarios, que poco después tuvieron que desocupar el puerto por orden superior llevándose consigo á los aliados que habían levantado una acta en favor de la Intervención, en cuyo documento se registraban solamente siete firmas. Los republicanos volvieron á tomar posesión del puerto el 13 de Enero (1863), y continuaron hostilizando á los franceses detenidos en la barra que estaba cruzada. La evacuación de la plaza de Tampico coincidía con la de Jalapa, y probaba el propósito de reunir sobre Puebla todas las fuerzas disponibles; en efecto, verificábase ya una concentración de las tropas francesas, movimiento precursor de los grandes acontecimientos de aquella guerra.

De los franceses llegados á Tampico se desprendió una fuerza para Tancasnequi, con objeto de tomar los pertrechos de guerra y las piezas de artillería que allí dejó el general Comonfort. La ocupación de Tampico dió por resultado que se animara la ciudad de San Luis Potosí, donde el gobernador Escandón y el general D. Guadalupe García acumularon gran número de tropas. Mejía encontró en la sierra fuerzas liberales que le cortaban el paso para Tampico. También fué ocupado por los franceses Pueblo-Viejo. De Tampico hicieron salir los invasores un vapor río-arriba para proteger la llegada de los serranos de Mejía, que se acercaban á Tamazunchale; el vapor se varó dos millas abajo de Pánuco á cuya población llegaron dos lanchas con bandera blanca solicitando auxilios; los vecinos de Pánuco aunque indefensos, porque la guardia nacional había ido á unirse con el coronel Pavón, negaron todo auxilio y no admitieron distinciones entre el país y el gobierno del Presidente Juárez, en consecuencia, el alcalde D. Matías Juárez salió con

algunos vecinos á hostilizar el vapor francés. Habiendo vuelto á intentar los franceses la posesión de Pánuco, fueron nuevamente rechazados. Las autoridades y oficinas del Estado se habían trasladado á Altamira, siete leguas de Tampico.

El 81 de línea tuvo diversos encuentros en las cercanías de ese puerto en todo el mes de Diciembre de 1862. Enviado el regimiento á aquel lugar para adquirir medios de transporte, se vió bloqueado por numerosas fuerzas republicanas y aunque no contaban los franceses con más caballería que un pelotón de cazadores de África, montados en caballos mexicanos y sin tener artillería, resolvieron salir de la ciudad. Encontraron en la Laguna de la Puerta á una sección de mexicanos al mando del chino González y lo batieron cuatro compañías del mismo regimiento á las órdenes del comandante Le Creurer, y veinte cazadores á las del teniente Jeautet, el combate fué cuerpo á cuerpo y cayó en poder de los franceses gravemente herido el jefe González.

La desertión de los soldados franceses, para quienes se hacían intolerables las privaciones á que no estaban acostumbrados, era constante, sin que los detuviera la noticia sobre venida de grandes refuerzos, ni la del nombramiento de un mariscal para nuevo general en jefe; nada de esto bastaba para calmar el disgusto causado por una campaña prolongada y cundía el descontento al extremo de afirmar los mismos desertores, que en regimientos como el 99 de línea, había sido necesario apelar á la pena de muerte para contener la desertión, y aunque estas noticias fueran exageradas, el hecho mismo de ser referidas por desertores, probaba que había en cuanto á desertiones un fondo de verdad.

El general González Ortega, jefe del ejército de Oriente, había hallado al llegar á Puebla, cuatro prisioneros franceses y los había devuelto al campamento de Forey, con una carta para este general y una medalla, la última recogida en el campo de batalla, después de la derrota de Laurencez. Forey no se limitó á darle las gracias, sino que al contestar le dijo: "Que experimentaría un pesar verdadero si tuviese que corresponder una cortesía del gobierno mexicano; pero que no tenía repulsión ninguna en reconocer en términos corteses, la delicada atención de un general á quien estimaba como un bravo soldado, sin confundirlo con el gobierno que servía, deseando solamente que su valiente espada fuera, en lo sucesivo, empleada para la defensa de una causa mejor." González Ortega le contestó con fecha 16 de Noviembre en términos vehementes, diciéndole: que su nota envolvía conceptos insultantes al gobierno mexicano y á la Patria; sostuvo Ortega que no estaba enganchado al servicio de su país, sino que servía al gobierno que se habían dado los pueblos de la República. "Qué le parecería al señor general Forey, si yo, al dirigirle una comunicación atenta y comedida respecto de su persona, insultara en ella al gobierno de Napoleón III? ¿Vería impasible y con indiferencia mis frases, sin embargo de que por mi parte habría algo de justicia, cuando está invadido por tropas francesas el suelo que me legaron mis padres y en el que he visto la primera luz? Dejo que V. E. me responda como caballero, como soldado y como francés." Devolvió á Forey su nota y una proclama que le acompañó, llena de in-

sultos contra el gobierno mexicano. Respecto de la conducta observada con México, ya se ocuparían de colocar los hechos en el lugar correspondiente, la opinión y la Historia; Ortega respondería con las armas á la injusta guerra hecha á México, y también deseaba que el valiente é ilustré general francés, que tantos y tan bien merecidos lauros conquistó en África, aumentando las glorias de la Francia, comprendiera los verdaderos intereses de ésta en la actual cuestión, que no eran los de unirse á unos cuantos descontentos políticos para traer la guerra á este país, cuyas simpatías han estado siempre en favor de la Francia liberal y progresista, y reconociera los derechos inalienables de México sancionados de la manera más solemne por el congreso de 1857, y sostenidos por los esfuerzos casi unánimes de todas las poblaciones de la República.

En 5 de Diciembre se presentaron frente á Tlacotalpan dos vapores llevando al suizo Staklin y su contra-guerrilla destinada á recoger caballos y mulas, pero no lograron su objeto y se retiraron el día 11; ese jefe de las contra-guerrillas quiso reunir al ayuntamiento sin conseguirlo. Se establecieron fuerzas republicanas para cortar las comunicaciones entre Tlacotalpan y Alvarado, disponiendo para ello de seiscientos guardias nacionales y dos piezas de montaña, con las que batieron á los invasores en su retirada, en el punto llamado el Miradero. El suizo estuvo con cien hombres en la ranchería del Novillero, incendió la casa, mató á varios individuos y cometió otros desmanes, á consecuencia de los cuales los franceses lo despidieron.

Los periódicos europeos y norte-americanos, publicaron la noticia de que la Francia iba á enviar á México soldados africanos, y el "Times" de Londres dió los pormenores. El virrey de Egipto había convenido en dar al gobierno francés un regimiento de mil negros para que se emplearan en el ejército que expedicionaba en México; quinientos fueron embarcados en el transporte francés "Le Seine," procedente de Cochinchina y que partió directamente de Alejandría con destino á México. Los negros fueron sacados del Cairo, á una hora avanzada de la noche, y de Alejandría pasaron á Meks, lugar situado á la entrada de la bahía. Entre tanto "Le Seine" allí anclado, calentaba su máquina y en poco tiempo quedaron embarcados los negros expedicionarios; en la mañana ya había caminado algunas millas, antes que la ciudad sospechara lo que había pasado. Se preguntaba si lo sucedido se había hecho con consentimiento del Sultán, y qué explicación daría á la Puerta Otomana el virrey, y se contestó que á los negros se les consideraba, según la ley musulmana, á disposición absoluta de sus dueños. Destinaban á esos negros egipcios para las rudas faenas en las tierras calientes, donde los europeos se enferman y mueren muy pronto, en tanto que aquellos, acostumbrados á climas tropicales, podrían permanecer allí sin peligro. Entre los habitantes del Cairo hubo gran consternación, especialmente en los que, procedentes de Berbería ó Nubia, temían ser considerados á propósito para resistir las pestilentes fiebres y el vómito prieto. En Europa lo mismo que en América, causó mala impresión el arreglo combinado

entre Napoleón y el virrey de Egipto, llevado á efecto con absoluto desprecio de los negros, que fueron pedidos en calidad de prestados, sin preocuparse más por ello.

En el Parlamento inglés, Mr. Burton llamó la atención de la cámara de los Comunes, hacia la deportación ordenada por Napoleón, del regimiento de egipcios enviados á México, calificando el hecho de un atentado de bajo proceder y peor que el restablecimiento del tráfico de negros. En términos aun más severos se expresó Lord Palmerston, haciendo notar la contradicción en que incurría el gobierno francés al autorizar esas demasías, al mismo tiempo que aparentaba tener simpatía por los insurrectos polacos. El Senado de los Estados-Unidos aprobó el 12 de Febrero una resolución, pidiendo al Presidente le comunicara las noticias que tuviere respecto al uso de los negros en el ejército francés que expedicionaba en México; al siguiente día envió Mr. Seward las notas del cónsul norte-americano en Alejandría y del ministro de los Estados-Unidos en París. Los republicanos radicales se aprovecharon de este incidente, para demostrar que de los negros se podía sacar buenos soldados, mientras que otros criticaban á Napoleón porque se oponía á que fueran armados los negros del Sur, alegando que tal medida provocaría la guerra civil y no vacilaba en enviar contra México soldados de la misma clase, poniéndolos en una condición que poco se diferenciaba de la esclavitud. El famoso batallón egipcio del Sudan, llegó á Veracruz en "Le Seine," vapor al mando del capitán Juarez, después de una rápida marcha desde Alejandría. El aspecto de aquellos negros sudaneses, espantaba á la población y se esparcieron porción de consejas acerca de ellos: se decía que eran antropófagos; acamparon en parte fuera de Veracruz, en la Tejería, y fué ese refuerzo muy útil para que la ciudad tuviera guarnición; unidos á la contra-guerrilla de Dupin, hicieron varias excursiones á los alrededores y poblaciones próximas á Veracruz. También se tuvo la intención de que prestaran auxilio en las costas mexicanas del Pacífico, constantemente hostilizadas por la marina francesa.

Pocos días antes de que los franceses se vieran obligados á abandonar á Tampico, la marina francesa sufrió otro rechazo en Acapulco. La escuadrilla compuesta de "La Pallas," que llevaba la bandera del contra-almirante Bouet, la "Bayonnaise," el "Diamant" y la "Galathée," presentó el 8 de Enero (1863) sesenta cañones delante de Acapulco, pretendiendo que el jefe de las fuerzas mexicanas en ese puerto, desmintiera una publicación hecha en el "Chalaco" periódico del Chile, sobre excesos cometidos por la fragata "Bayonnaise" en Acapulco, á fines de Agosto de 1862, cuando el general Ghilardi mandaba allí la guarnición, á cuyo jefe se atribuía el artículo en cuestión; también quería la escuadra francesa que se le permitiera proveerse de víveres, agua y carbón, considerándose á Acapulco como terreno neutral. Pretensiones extraordinarias eran esas y mucho más la de que las autoridades mexicanas desmintieran una publicación de la prensa extranjera.

El general D. Diego Alvarez desechó las demandas, y en consecuencia la escuadra francesa rompió sus fuegos sobre Acapulco el día 10 del mismo Enero, con